

SERMONES MANUSCRITOS EN HONOR DE LA VIRGEN DE GUADALUPE¹

Jorge E. TRASLOSHEROS H.

Invito a los lectores a que nos ubiquemos, por un momento, en un mundo en el cual no existen, ni en la más abultada imaginación, los medios de comunicación que hoy tenemos. Una sociedad en la cual lo más sofisticado en tecnología es la prensa de tipos móviles, de cuyos beneficios sólo puede gozar una elite más o menos ilustrada que conjuga su cultura con buenos avíos para financiar semejantes gastos. En un mundo así, las principales tareas de la comunicación corren por cuenta de la palabra viva. En materia religiosa tal es el peso que carga sobre sí el sermón, pieza retórica tan socorrida en la Nueva España.²

El sermón cumplió un papel fundamental en la difusión de las ideas religiosas y políticas, en la medida en que fue uno de los intermediarios culturales importantes que puso en contacto las reflexiones de los sesudos teólogos con una feligresía no siempre letrada.³ Las mejores de estas piezas —o las que gozaron de buenos mecenases— tuvieron la fortuna de ser publicadas; pero las más de ellas, cotidianas, sencillas y muy numerosas, quedaron manuscritas y desaparecieron víctimas de la inquina del tiempo y los ratones. Encontrar una de estas piezas es una fortuna no sólo por su rareza, sino también porque nos permiten atender silentes a lo que escuchaban y aprendían las gentes por boca de sus predicadores, en las funciones

¹ Biblioteca Latinoamericana de la Universidad de Tulane, *Viceregal and Ecclesiastical Mexican Collection*, legajo 47, expediente 13, ¿1818?

² Para darnos una idea del valor y abundancia de los sermones novohispanos basta con revisar la obra de don José Toribio Medina, *La imprenta en México*, Chile, Imprenta del autor, 1912, y con el mismo fin acudir al *Manual del librero hispanoamericano*, de don Antonio Palau y Dulcet, publicado en Barcelona, Librería Palau, 1954.

³ Para profundizar sobre el sermón novohispano —barroco y neoclásico— acudir al artículo de Carlos Herrejón, "La oratoria en Nueva España", *Relaciones*, núm. 57 (Invierno, 1994).

religiosas de la vida cotidiana, esa que parece oscurecerse a la luz de los grandes eventos, pero que es la llama viva de toda historia.

Dentro del reino de los sermones ocupan un lugar destacado los de tema guadalupano, entre los cuales es posible reconocer distintas voces, algunas imperiales, otras criollas, unas más indígenas, pero compartiendo la misma tradición y culto.⁴ Como sucede en la familia amplia del sermón, la abundancia de los impresos es correspondiente con lo escaso de las piezas manuscritas. Pues bien, aquí presentamos dos textos manuscritos de tema guadalupano cuyo anonimato es tal que ni siquiera fueron firmados por sus autores o predicadores, y que se localizan en la Biblioteca Latinoamericana de la Universidad de Tulane, Nueva Orleans, Estados Unidos. El primero de ellos forma un cuadernillo en papel de algodón de 22 páginas, sin fecha de publicación, predicado en el Real Colegio de Indias Doncellas de la ciudad de México. El segundo, de menos extensión y calidad, tiene el mismo formato que el anterior con 10 páginas de extensión, predicado el primero de febrero de 1818 en el convento de Tepozotlán en la función de Nuestra Señora de Guadalupe. Ambos se encuentran depositados en la *Viceregal and Ecclesiastical Mexican Collection*, legajo 47, expediente 13, año de 1818.

El primer sermón nos llama la atención por la claridad de los conceptos vertidos en torno a la Virgen de Guadalupe, coincidentes con aquellos que la tradición criolla construyera a lo largo del periodo novohispano. En el texto encontramos la tan socorrida comparación de México con Jerusalén; la fidelidad del pueblo mexicano a la Virgen; su identidad con la Inmaculada, vía el Apocalipsis de San Juan; su labor en la conversión de los indios al cristianismo, lograda

⁴ Poco a poco el sermón guadalupano empieza a ganar preferencias entre los estudiosos, si bien no en la abundancia que merecería. Cinco autores mencionaremos aquí: don Francisco de la Maza en su clásica obra *El guadalupanismo mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981; David Brading, *Siete sermones guadalupanos*, México, Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 1994; Jaime Cuadriello, "Visiones de Patmos en Tenochtitlán: La Mujer Águila", *Artes de México*, núm. 29, una versión ampliada del texto se presentó en el xvii Coloquio de Antropología e Historia de El Colegio de Michoacán, del 24 al 27 de octubre de 1995; Jorge Traslosheros, "Santa María de Guadalupe: Hispánica, Novohispana y Mexicana. Tres sermones y tres voces guadalupanas. 1770-1818", en *Estudios de Historia Novohispana*, v. 18 (1998); Marta Terán, "La Virgen de Guadalupe contra Napoleón Bonaparte. La defensa de la religión en el obispado de Michoacán entre 1793 y 1814", en *Estudios de Historia Novohispana*, v. 19 (1999), p. 91-129. Tenemos noticias de que la doctora Alicia Mayer se encuentra trabajando estos sermones para la época del México barroco, y que el doctor David Brading publicará pronto una historia del guadalupanismo en la cual incluye valiosas piezas de retórica, así de la Nueva España como del México del siglo xix.

por la ternura de su amor y no por la violencia de las armas; sus atributos de corredentora, libertadora y medianera de México (así, México), sin dejar de lado la persona de Juan Diego señalado como el “primogénito de sus hijos los mexicanos”. El sermón termina en tono triunfal exhortando a todo México a que se goce en su “amabilísima libertadora, corredentora y Madre” Santa María de Guadalupe. Me atrevo a afirmar que los lectores encontrarán en esta pieza una buena síntesis del discurso guadalupanista criollo en los albores de la vida nacional.

El segundo de nuestros sermones es un discurso menos acabado conceptualmente, con menos brillo y sonoridad en su composición. En esta pieza encontramos algunos elementos comunes a la tradición guadalupana de aquellos entonces —no exclusivos de la vertiente criolla que ya tenía claros tintes nacionalistas—, en especial la maternidad de la Virgen de Guadalupe sobre los habitantes de la Nueva España (así, Nueva España) y su benéfica influencia en el crecimiento y conservación de la fe Católica, a diferencia de otras naciones que se habían apartado de la fe, como la judía y otras europeas. Nos llama la atención el tono más bien opaco con que termina el sermón, con un llamado a guardar la moral y las buenas costumbres en esos tiempos de cuaresma y pidiendo por todos los príncipes cristianos (¿los de la Santa Alianza?), por el Papa y Fernando VII, y por la “pacificación de toda Nuestra América”. En esta pieza escuchamos ecos de las voces doloridas que presienten el fin de la Nueva España. Estoy cierto que los lectores disfrutarán estos raros manuscritos y que los estudiosos sabrán gustarlos y sacar interesantes conclusiones en el estudio de una de nuestras más caras tradiciones nacionales.

Para finalizar sólo me resta anotar que, con el fin de facilitar la lectura, he preferido modernizar la ortografía dejando algunos giros propios del lenguaje del tiempo para que den sabor a época (por ejemplo, la forma desligada de los artículos, que en lugar de escribir “al”, escribían “a el”, o bien palabras como “baptismo” en lugar de bautismo, etcétera).⁵ De igual suerte he respetado la puntuación

⁵ Don Carlos Pereyra, el ilustre historiador del primer tercio del siglo XX, en el prólogo a su versión de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, publicada en Madrid, Espasa Calpe, 1928, invitaba a quienes hicieran trabajo de paleografía a seguir el mismo criterio que aquí hemos aplicado. Baste leer aquella versión de don Carlos para darnos cuenta de la virtud de su intento.

original de los sermones por una razón muy sencilla. Fueron escritos para ser leídos en voz alta, son piezas retóricas de suerte que la puntuación, en especial las comas, bien pueden indicarnos la cadencia que los autores querían dar a su prédica. En el primer sermón aquí transcrito el ritmo es ligero, en ocasiones festivo, a diferencia del segundo en que la cadencia es pesada, entrecortada, ritmos del todo coherentes con sus contenidos. Invito a los lectores a darse el gusto de leer estas piezas en voz alta.

* * *

*Gaudete, et laudate simul deserta Jerusalem,
Quia consolatus est Dominus populorum suum,
Et redimit Jerusalem.*

Ysaías, cap. 52, v.9

Grandioso es, aun a los ojos del espectador, que en ello menos se interese, y grandioso es el lienzo de gloria y de regocijo, que presenta hoy a la vista de nuestra venturosa México. El majestuoso estruendo de la artillería dejando de causar horror a los mortales, hoy anuncia por todas partes el regocijo. Las campanas alborozadas con sus toques festivos convidan a el placer. Las calles y las plazas como queriendo tener parte en la común fiesta se ostentan bizarramente engalanadas con las más ricas tapicerías, y con las más vistosas iluminaciones. Las torres y los chapiteles, por no parecer menos en las demostraciones del gozo se presentan adornadas con flámulas y festones de triunfo. Los jóvenes hacen alarde de toda su lozanía: los ancianos dejan asomar el contentamiento por entre los surcos que ha hecho el tiempo en sus descarnadas y macilentas mejillas: las doncellas, sin salir de los cotos, que las impone el severo pudor manifiestan bañados de alegría sus modestos y apacibles semblantes: los niños pendientes aún de los cuellos de las madres no pudiendo contener en el vaso estrecho de su pequeñito corazón el gozo, de que están llenos lo permiten rebozar por sus rostros risueños y agraciados. Los templos resuenan con las más dulces y concertadas melodías: los altares se ven adornados con los frutos más ricos y por lo mismo más envidiados que lleva nuestro opulento país: los ministros respetables del santuario se presentan para ejercer sus augustas funciones vestidos con lo más brillante y suntuoso, que con-

tienen las iglesias en sus arcas. Lo sensible y lo insensible parece que se unen para participar de tan universal regocijo. La naturaleza y la religión nos brindan juntas con la copa de un placer tan santo como delicioso. Tal es Señores la situación de México en este alegre y feliz día, y este es también el punto de vista, bajo el que se nos presenta como una imagen expresiva de Jerusalén poseída de aquellos afectos y sensaciones de gozo, a que la excitaba Isaías diciéndola: *Jerusalén, que hasta ahora has estado abandonada y afligida gózate y entona los cánticos de tu alegría: "Gaudate et laudate simul deserta Jerusalem".* ¿Pero qué hay que admirar que Jerusalén y México experimenten unos transportes de júbilo tan parecidos, cuando las causas que en una y en otra los producen son tan semejantes? En efecto quiere Isaías que Jerusalén se llene de regocijo porque el Señor la ha consolado y la ha redimido *Quia consolatus est Dominus populum suum et redimit Jerusalem.* ¡Ah y con cuánta razón podemos decir esto a México hablando de la portentosa aparición de María Santísima de Guadalupe! México feliz llénate de contentamiento y manifiesta tu alegría en cánticos dulces porque esta Señora te ha consolado te ha redimido de los males que te afligían, y te ha hecho completamente feliz. Ved hoy señores lo que intento manifestaros en este rato. Veréis pues que México tiene tanto motivo para alegrarse, cuanto fue lo que tuvo Jerusalén porque todo lo que ésta debió a las piedades del Señor, todo (hablo guardando la debida proporción) todo lo debe aquella a las bondades de María. Manifesté mi idea pero no pasemos adelante, sin que para conseguir los auxilios del espíritu divino saludemos a su casta esposa y nuestra buena Madre llena de gracia. Ave María.

Gemía en otro tiempo vuestro pueblo (soberano Señor de cielo y tierra) gemía digo oprimido bajo el peso de la desgracia y de la aflicción. Jerusalén lloraba inconsolable su desventura alternando sus ayes sentidos con el ruido desapacible de las cadenas pesadas que arrastraba. Había desaparecido la gloria de Jacob, y se había marchitado la robustez y grosura de su carne. Se veían desiertas sus ciudades, taladas sus campiñas, y profanado su santo templo: el hambre y el acero del enemigo arrebatában de su angustiado y palpitante pecho a sus hijos y los cadáveres de estos eran arrojados como estiércol en medio de las plazas. Judá y Jerusalén buscaban el pan y el agua para su alimento y refrigerio; pero en vano porque el Señor había quitado así el pan como el agua toda virtud: se veía Jerusalén desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza toda cubierta

de llagas y de heridas, y ni éstas ni aquellas se vendaban, ni se curaban, ni aún siquiera se procuraba disminuir la aseveridad de sus dolores con los fomentos suaves y medicinales del aceite. Bebía ella y aún apuraba hasta las heces el cáliz de la indignación de todo un Dios. Vuelve hacia todas partes sus ojos llorosos, y tiende sus manos macilentas implorando la compasión de los que son testigos de sus miserias, ay pero que inútilmente: los extraños crueles la insultan en su desgracia: sus hijos desnaturalizados la abandonan: entre todos los que ella ama no se encuentra uno que la consuele. Dirige sus clamores al cielo, pero éste lejos de interesarse en sus aflicciones antes bien se interesa y complace en los castigos que la afligen. Jerusalén entonces hecha presa de la amargura y del dolor exclama entre gemidos sentidísimos: El Señor me ha abandonado. Sión entregada a el llanto y a la aflicción prorrumpe en estas quejas dolorosísimas: el Señor se ha olvidado de mí.

¿Qué es lo que dices Jerusalén desconsolada? Oye pobrecita y ebria no del vino sino de la amargura, oye lo que te dice tu Señor y tu Dios: ¿puede acaso, olvidarse puede una mujer negar su tierna compasión al pequeñito hijo que llevó en su vientre? Pues mira aunque esto sucediese no me olvidaré de ti, yo no te negaré mi ternura. Ya de aquí adelante no beberás el cáliz de mi indignación: yo lo quitaré de tus manos, y lo pondré en manos de aquellos que te han abatido e insultado. Vendré yo mismo, pelearé por mi pueblo, destruiré a tus enemigos y entraré por tus puertas vencedor de Bosra, y de Edón. Ya no pagarás tributo a las naciones extranjeras: dominarás a los que hasta ahora te han oprimido: echaré por tierra los altares de Bel y de Nabó, cuyos simulacros serán hollados por las bestias. Leviatán [*sic*] serpiente astuta y vigorosa probará los rigores de mi espada. Yo multiplicaré sobre manera a tus hijos, y fijaré en medio de ellos mi solio: ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Entonces ya no experimentarás sino dulzuras y felicidades: entonces las duras peñas y las tierras áridas se convertirán en estanques de aguas dulces y saludables: entonces los caminos ásperos y frágiles se convertirán en sendas blandas y fáciles: entonces reposarán juntos el lobo el carnicero y el corderillo inocente, el león sangriento y la mansa oveja: entonces pacerán unidos el tierno cabrito y la fiera onza [*sic*], el becerro pequeño y el sañudo oso. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos, se desatará la lengua de los mudos y los cojos saltarán con la ligereza de los cier-

vos. Tú entonces vivirás en medio de la abundancia y tu corazón se dilatará para recibir en su seno un torrente de delicias inexplicables: saltarás de gozo y entonarás los cantos de tu eterno agradecimiento, porque el Señor te ha consolado de los crueles males que te afligían. En todas estas descripciones pomposas que Isaías hace así de las desventuras que afligieron a Jerusalén, como también de las felicidades que a ellas se siguieron, reconocen comúnmente los Santos Padres y los sagrados expositores unas figuras expresas [*sic*] y adecuadas tanto de los males que atrajo sobre sí por el pecado la infeliz descendencia del primer hombre prevaricador, como también de los bienes de que nos ha llenado Jesucristo. Esto es que el profeta explicaba valiéndose de las metáforas más sublimes e interesantes. La venida del suspirado libertador, la destrucción del imperio del pecado, y del reino de las pasiones, la libertad que felizmente adquirimos por la gracia de Jesucristo, el establecimiento de la religión y de la iglesia, y lo mucho que ésta debe a las liberalidades y magnificencia de su esposo, esto eran los grandes objetos que ocupaban la mente y enardecían los sentimientos de aquel profético e iluminado entusiasta. Siguiendo pues exactamente esta misma idea contemplemos a México como un imagen muy expresiva de Jerusalén no menos que en el estado de su desgracia y abatimiento, en el de su felicidad y de su gloria. Veamos a México sumergida antes en un caos profundo de males y veámosla después libre de todos ellos y hecha participante de los bienes inmensos de la redención de Jesucristo por la bondad de María Santísima de Guadalupe su amabilísima patrona.

Estaba la desventurada México como de asiento en las tinieblas y en las sombras de la muerte. Reinaban en este país despóticamente la superstición y la idolatría: veíase el aire obscurecido con el humo de los inciensos que se ofrecían del demonio, y explicando este su mortal aborrecimiento a el hombre, hacía rojear sus aras con la sangre de humanas víctimas. A el abrigo de la idolatría y de la superstición descansaban tranquilos los crímenes más detestables. Yo diría que por las calles y plazas de México se habían derramado unos males aún más temibles que aquellos que fingió la fábula estar encerrados en el vaso fatal de Pandora. La sensualidad lograba unos ensanches, que ponen horror aun solamente referidos. Un hombre admitía en su lecho varias esposas y concubinas, reservándose siempre la libertad de abandonar a unas y a otras a su antojo. Aun entre la gente de la primera calidad hallaban maridos las mujeres, que

habían servido antes a los placeres torpes del príncipe. La gula antojadiza en sus más abominables excesos hacía sazonar y gustaba en sus convites de platos de carnes de hombres. La crueldad hacía gala de sus más horrosas invenciones. La tiranía y el despotismo no reconocían otras leyes que los caprichos de los dominantes. Las pasiones todas como furias desatadas del infierno saciaban su furor en los infelices mexicanos: la corrupción se extendía rápidamente por todas partes a par de un torrente impetuoso, que rotos los diques arroya y lleva tras sí cuanto se le pone delante. No diría sino que México se había echado a pechos toda aquella copa llena de inmundicia y de abominación, de que habla el evangelista San Juan en su Apocalipsis esta era la infeliz situación de la idólatra y corrompida México, y así permaneció aun muchos siglos después que los pueblos del antiguo orbe gozaban ya de las felicidades vaticinadas por Isaías. Habían efectivamente abandonado aquellas dichosas naciones el culto de las divinidades quiméricas: habíanse destruido las aras y los templos de Júpiter vengador en Roma, de Júpiter celeste en Cartago, de Apolo en Delfos, de Diana en Efes, de Serapis en Alejandría, de Hércules en Cádiz, y del Fuego en Gazac. Gozaban ya de las liberalidades del Redentor aquellos pueblos, y muchos de ellos habían recibido unas pruebas nada equívocas de la bondad y de la ternura con que los miraba la Madre de Dios. La España sola nos presenta pruebas claras de lo que acabamos de decir: pues como bien sabéis son innumerables los favores que los españoles han recibido de María Santísima en muchas imágenes milagrosas, que se veneran en varias ciudades y lugares de aquella nación afortunada. Favores tan grandes y tan liberalmente dispensados a aquellos pueblos, y negados hasta entonces a México, parece que la daban motivo para prorrumpir en aquellas quejas sentidas, que como hemos dicho daban en otro tiempo Jerusalén y Sión: me abandonó el Señor: el Señor se ha olvidado de mí. María la madre de las misericordias, parece que cuando allá en el calvario adoptó por hijos a todos los hombres en la persona del discípulo amado de Jesucristo, me excluyó de este beneficio. María no quiere darme parte en sus favores. Pero no México no así te abandones a los excesos desesperados del dolor. Oye pobrecita y embriagada de la amargura oye lo que tu Señor y tu Dios quiere ejecutar en tu favor. Escucha las gracias extraordinarias y singularísimas que te prepara la bondad de María, como queriéndote consolar por el largo tiempo que te ha dilatado

sus beneficios. Oye pues lo que te dice esta Madre del amor hermoso: sería más fácil que una Madre tierna se olvidase del hijo pequeño que llevó en sus entrañas, y que alimenta con su misma substancia, que el que yo me olvidase de ti. Yo quiero ser de un modo especial tu libertadora y corredentora. Vendré yo misma, haré trozos las cadenas duras, en que lloras perdida tu libertad. Te sacaré del abismo de males, en que estás como anegada y perdida haré correr hasta tu seno los bienes todos de la redención de Jesucristo, de los que él mismo me ha hecho depositaria y distribuidora. Tu México sí, tú serás mi pueblo, y yo misma seré tu Señora, seré tu Madre.

Así Señores se ha verificado: llegó en fin el tiempo destinado por los decretos de la providencia divina para la redención y para la salud de esta América Septentrional. Llegó la ocasión en que literalmente se cumpliese lo que el Señor había dicho por Jeremías: yo conduciré del Aquilón a los hijos de Israel: esto es como dicen los sagrados expositores, yo haré entrar en mi Iglesia a los pueblos del septentrión. Amanecieron por último los días nueve diez y doce de diciembre del año de 1531, días estos que usando de las expresiones del Apóstol, llamaremos tiempo aceptable y días de salud: días que fijaron para siempre la época de nuestra dicha, y días cuya memoria permanecerá indeleble en el corazón de todo mexicano que no sea indigno de serlo.

En estos días tan plausibles para nosotros descende María de su trono a nuestro país anunciando felicidades, y como decía el profeta Malaquías vaticinando la venida de Jesucristo, conduciendo la salud en sus alas. ¡Oh qué bellos son exclamaremos con el esposo de los cantares, Oh que bellos son y que agraciados tus pasos hija del príncipe! Aparece María en ese vecino cerro del Tepeyac, en el que como en Sión da el Señor la salud. Mirad Señores, os hablo ahora con el profeta Nahum, mirad ya sobre los montes puestas las plantas de los que evangelizan la paz y todo género de bienes. ¡Qué hermosos son los pies, decid con Isaías, que hermosos son los pies de los que sobre los montes anuncian la paz el bien y la salud! Luego que el Tepeyac vio en su cumbre a María besó reverente sus plantas, y quedó tan ufano de este honor, que se vistió de gala, aunque a despecho del tembloroso y fruncido invierno, se adornó de hermosas y fragantes flores. Aparecieron ya, diré con el esposo de los cantares aparecieron ya las flores en nuestra tierra, rodeada de ellas se vio María Santísima como allá la esposa de los citados cánticos. Las

avecillas inocentes saludan con sus graciosos y delicados trinos a esa bella y divina aurora. Anuncian los ángeles con dulces músicas la venida a México de nuestra corredentora, así como en otro tiempo anunciaron con armoniosos cánticos la venida del Redentor del Mundo. Déjase ver María llena de resplandores, y en sus adornos brillantísimos desde luego quiere manifestar que viene a disipar las densas tinieblas de la idolatría, en que vivía anochecido este pueblo, a conducirlo a el conocimiento de Jesucristo, y a hacer que tribute a este sus adoraciones en espíritu y en verdad. Una estrella de un resplandor extraordinario vaticinada antes por el profeta Balam condujo aquellos príncipes del oriente, que fueron los primeros de la gentilidad que rindieron sus homenajes a el Mesías. No tiene México por qué envidiar aquella guía resplandeciente, porque en las estrellas que adornan a esa Señora tiene México otras tantas guías luminosas, que lo conducen a ofrecer sus inciensos a Jesucristo: y si esto no os parece suficiente para la gloria de los mexicanos decid que nuestro pueblo ha sido conducido a el salvador por María, a quien la iglesia llama tantas veces estrella. Aparece también nuestra bella patrona, como San Juan vio en Patmos a aquella mujer portentosa, vestida de los rayos refulgentes del sol, esto es como interpreta el padre San Bernardo vestida del mismo Jesucristo, a quien Zacarías y Malaquías llamaron Sol. Ved hoy lo que me da motivo para decir de nuestra México lo que de Jerusalén dijo el tantas veces citado Isaías: la luz de su luna será como la luz de su sol. María a quien tan común y justamente llamamos luna, adornada como la veis de los resplandores del sol divino brilla con luz muy semejante, no está bien dicho, brilla con la luz misma del sol, de que está vestida. Levántate México, te digo con Isaías, levántate e ilumínate por que ya ha venido tu luz. ¿A el golpe de tantos y tan vivos resplandores que maravilla es que disipadas las tinieblas del paganismo quede México espiritual y copiosamente iluminada y más cuando esta felicidad salió garante por la misma Señora? Traed sino por vida vuestra a la memoria lo que María dijo al dichoso neófito Juan Diego.

En el aparato luminoso que hemos visto se presenta nuestra patrona a aquel feliz indio, y tiene la bondad de hablar con él. ¡Oh una y mil veces dichoso mexicano tú consigues de la amable María lo que el esposo de los cantares pedía con enardecidos afectos a su esposa: suene tu dulce voz en mis oídos! Fue ya oída repetamos lo que en otra parte decía el citado esposo, fue ya oída la voz de la

hermosa tórtola en nuestra tierra. Habla María y dice a aquel neófito dichoso que ella quiere que se la [*sic*] consagre un templo en aquel sitio, para fijar de este modo su habitación entre nosotros. ¿Quién al oír esto no dirá que así como el Señor según leemos en los proverbios tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres así María tiene sus complacencias en habitar con los hijos de México? ¡Oh bondad imponderable de María! ¡Oh felicidad inexplicable a los mexicanos! ¿Conque María tiene sus delicias y quiere fijar su habitación entre nosotros? María sí la misma Señora a quien la iglesia aplica lo que se lee en el Eclesiástico: el que me crió descansó en mi tabernáculo y me dijo habita en la casa de Jacob: posee tu herencia en Israel, y echa raíces en mis escogidos. ¿Conque María, oh y con cuanta complacencia lo repito, conque María quiere fijar su habitación entre nosotros? Si, la misma Señora, en cuyos labios pone la iglesia lo que también se lee en el ya citado eclesiástico: Yo he colocado mi asiento en Sión, descansé en la ciudad santificada, mi poder se ha establecido en Jerusalén, he echado raíces en aquel pueblo lleno de honor, cuya herencia está situada en la parte o posesión de mi Dios, y yo he fijado mi domicilio en la plenitud de los santos. Ahora sí que bien puede gloriarse México de ser la ciudad santa, la casa feliz de Jacob, la misteriosa y nueva Jerusalén, la dichosa Sión, el pueblo escogido y privilegiado, el domicilio y la herencia de María: títulos gloriosos que como veis según la común inteligencia de los padres caracterizan al pueblo fiel a el pueblo redimido a el pueblo cristiano, y títulos que María hace propios de México fijando en ella la habitación y el trono de su grandeza. Empero como si no fuera bastante para asegurarnos estos títulos y los bienes y ventajas que a ellos son naturalmente consigüentes, como si no fuera bastante digo el que fijase María su habitación entre nosotros, la misma Señora se obliga y promete el franquearnos todos aquellos bienes y todas aquellas ventajas. María promete, oíd mexicanos y admirad la dignación [*sic*] y también el empeño con que vuestra patrona mira vuestros verdaderos intereses, María promete veros como a hijos y portarse ella como Madre. Es decir María promete libertaros del pesado yugo del demonio y del pecado: María se obliga a derramar sobre nosotros a manos llenas los bienes infinitos de la copiosa redención de Jesucristo: María se ofrece a presentar vuestros votos y súplicas a el trono de la Divinidad. María promete y se obliga a practicar con vosotros los oficios de corredentora libertadora y medianera, porque todos

estos oficios y epítetos de María se fundan no menos que el de Madre de los hombres en un mismo principio que es la maternidad divina, y todos ellos están de tal suerte conexos entre sí, que María no puede ser para nosotros una buena madre sin ser al mismo tiempo una corredentora dulcísima, una libertadora benignísima, y una medianera eficacísima. Todo esto nos ha prometido María: María tiene en esto empeñada su palabra. Permíteme Señora que aquí te diga lo que en cierta ocasión dijo mi padre el Apóstol San Pedro a tu amado hijo Jesucristo, tú tienes palabras de vida eterna; tú puedes asegurar de las palabras de esta tu promesa lo que en otro tiempo dijo el mismo Jesucristo a sus discípulos: las palabras que yo os he hablado son y comunican espíritu y vida. Tanta es señores la eficacia de las palabras de María: tanto es el empeño que tiene esta Señora en hacernos verdaderamente felices. Sin embargo aunque es grande el empeño con que mira nuestros intereses nuestra querida Madre creo que es aún mayor la dulzura y ternura con que lo ejecuta: ella es tal, que añade un nuevo y exquisito realce a sus favores. Tu venturoso indio Juan Diego, hijo favorecido de María, que en la vista y conversación de tu dulce Madre probaste en el Tepeyac unas delicias comparables a las que gustaron en el Tabor los discípulos más amados de Cristo, tú dinos cuánta es la amabilidad de María: dinos cuánta es la ternura con que trata a sus hijos los mexicanos, y la dulzura con que se interesa en sus felicidades. Dinos no es cierto que los bellos labios de María, como los de la esposa de los cantares son un panal que destila dulzuras, y que bajo de su lengua están depositadas la leche y la miel ¿Aún esto es poco: tú feliz indio no puedes asegurar de las palabras de María lo que de las de el Señor cantó el salmista: tus palabras son para mi aun más dulces que la miel? Ello es cierto que cuando María habla con aquel indio que fue por decirlo así el primogénito de sus hijos los mexicanos agota sus expresiones todas a la ternura. El amor mismo y la ternura misma es la que habla por los labios de María. Ya le dice que lo ama como a delicado y como a tierno: ya le asegura que descansa en su regazo maternal: le llama repetidas veces hijo mío, nombre dulcísimo que no dio esta Señora ni aun a el amado discípulo en el tiempo en que obedeciendo las órdenes últimas de Jesucristo moribundo lo adoptó por hijo allá en el Calvario.

Cuando yo considero estas ternuras con que María reparte sus favores a los mexicanos, no puedo dejar de admirar la conducta, que para la introducción y el establecimiento de la fe y de la religión

en estos países observó aquella divina sabiduría, que según leemos en las sagradas escrituras dispone suave y eficazmente todas las cosas. No ignoráis que la religión y la fe se introdujeron en estos pueblos de un modo muy distinto de aquel con que se establecieron en las naciones del antiguo mundo. Los primeros profesores del cristianismo eran por lo común los abatidos, los vasallos y los súbditos, los cuales para conservar su religión tenían que sufrir las más violentas persecuciones de los poderosos de los señores y de los príncipes, y cuando estos y sus pueblos recibían la religión, la recibían sin perder antes la dominación temporal de los países que ellos ocupaban. No así en este reino: las armas invictas de los bravos leones de la Iberia abrieron el paso a la predicación del evangelio. La religión católica se declaró desde luego como dominante. El cristianismo logró toda la protección de las potestades temporales. México recibió la fe de la nación misma que la acababa de sujetar con las armas: antes que cristiana fue México direlo así española, y ella no obedeció a la Iglesia sin obedecer antes al glorioso Carlos Primero de España. De lo dicho podría algún atrevido y maligno émulo de las glorias de nuestra nación mexicana podría digo tomar ocasión para decir que la fe debía su establecimiento en este reino a el temor, a la adulación, o cuando menos a un sufrimiento involuntario de los pueblos recientemente conquistados: siendo creíble que sería poco agradable a los mexicanos una religión introducida por aquella nación misma a la que poco antes habían visto como enemiga, y que acababa de someterlos a su imperio: motivos todos por los cuales debía prudentemente dudarse que los mexicanos recibiesen el cristianismo con aquella cordial sinceridad que él exige no menos que por su misma naturaleza por el carácter de su autor.

Esta reflexión que tal vez en otras circunstancias podría tener alguna fuerza, carece en nuestro caso de toda eficacia. La religión y la fe cristiana se ha introducido en estos pueblos por los esmeros bondadosos de María, es decir de aquella Señora en la que como observó el padre San Bernardo no se encuentra cosa austera ni rigurosa, de aquella Señora que es la misma suavidad y dulzura. Para hacer que México participase de los bienes de la redención del salvador ha empleado María todos los hechizos de su ternura: medios eficazísimos, y que obran en el corazón con una fuerza irresistible. María no ha introducido a el pueblo mexicano a el redil misterioso de la Iglesia por otros medios que los de la ternura y del amor María

ha conquistado para Jesucristo los corazones de los mexicanos, con las armas siempre victoriosas de la dulzura. Así señores se ha hecho católico este pueblo: de este modo ha ejercitado María con los mexicanos el ministerio de apóstol: de apóstol he dicho teniendo presente la idea de este empleo que dio Jesucristo cuando llamó a él a San Pedro y a San Andrés. Bien os acordáis que entonces les dijo Jesucristo que los haría pescadores de hombres expresión metafórica que aun más que a los discípulos de Jesucristo conviene a María respecto de los mexicanos. María prodigando las ternezas maternales de su amor para fundar el cristianismo en este país, es una pescadora que tiende sus redes, en las que dulcemente quedan prendidos nuestros corazones. Nuestra patrona amabilísima de tal suerte se ha ganado los afectos todos de los corazones mexicanos, que ya estos ni se mueven ni respiran ni viven sino para María. Medios tan suaves como los que esta Señora ha empleado para el establecimiento de la religión en nuestro reino, son, no me lo negaréis, tan eficaces para el intento, como acomodados a la naturaleza y carácter de la ley de gracia y de su autor. Siendo esto así ya no debemos extrañarnos que la religión y la fe hayan conseguido sobre la idolatría la superstición los triunfos gloriosísimos que hemos visto. Destruyose felizmente el paganismo: los altares del Dios de la guerra del ídolo famoso de Cozumel y de tantas otras mentidas divinidades, que eran los Nabós y Veles de estos países han sido echados por tierra. Leviatán, es decir, el demonio serpiente astuta y vigorosa ha probado los rigores todos de aquellas enemistades, que Dios puso entre ella y la mujer, y nosotros hemos visto verificado o repetido lo que el mismo dios tenía dicho a la serpiente según se haya referido en el génesis: ella esto es la mujer, quebrantará y hollará tu cabeza. El cristianismo se ha fundado en este reino sin la efusión de sangre de Mártires: la iglesia se ha establecido en este país sin que se hayan visto aquellos milagros, que según dice San Gregorio Papa fueron necesarios allá en los principios del cristianismo. La aparición maravillosa de María Santísima de Guadalupe y ese retrato portentoso de su celestial hermosura que nos dejó en prendas de su maternal amor, han sido unos milagros, a cuya eficacia no se ha podido resistir la más empedernida obstinación. De aquí es que el cristianismo hiciese tan rápidos progresos en esta región que justamente podamos repetir con el rey salmista: el Señor ha enviado a la tierra su palabra y ésta ha corrido velozmente. A la protección de María Santísima de

Guadalupe debemos el que el depósito de la fe se conserve entre nosotros con tal pureza, que jamás se dé cuartel a la impiedad ni a la irreligión. Así como dice Isaías que el Señor sería para Jerusalén un muro y antemural inexpugnable a sus enemigos así María es para México un antemural y un muro, que jamás han podido forzar los enemigos del cristianismo. De México podemos asegurar con razón lo que el citado Isaías había dicho de Jerusalén: ya no pasará ni se encontrará en ti ningún inmundo ni incircunciso. Los mexicanos pueden justamente repetir lo que en otro tiempo decía el Rey salmista al Señor: ¿por ventura no he aborrecido yo siempre a los que a ti te aborrecieron? Si yo siempre he tenido por enemigos míos a los que han sido enemigos tuyos, y los he aborrecido con un odio perfecto. ¿Con odio perfecto quién no lo sabe? Y con horror santo han visto siempre los habitantes todos de este pueblo a los judíos, a los cismáticos a los herejes, y a los impíos e irreligiosos. Efecto también ha sido de la protección singular de María Santísima de Guadalupe el que la religión se halle en un estado de tanto esplendor, y el que nuestras santas solemnidades se celebren con tan augusta magnificencia que ha hecho decir a varios extranjeros que en esta parte México no reconoce ventaja en ninguna otra ciudad del mundo. A María Santísima de Guadalupe debemos también el que la fe y la religión hayan explicado toda su maravillosa fecundidad en la práctica de tantas y tan sobresalientes virtudes, como vemos en las habitaciones de los particulares, en los claustros y en los templos. Mas cuando hacemos ligeramente una reseña de las virtudes que se dejan observar en los habitantes de México, no es justo quede olvidado este Colegio en que nos hallamos. Así que, digamos que este Real Colegio de Indias doncellas es bajo la protección especial de María Santísima de Guadalupe un taller precioso de todas las cristianas virtudes, y un vergel ameno, que continuamente exhala el buen olor de Jesucristo.

Todo esto señores debe México a su amable y benigna patrona. México por la protección de María Santísima de Guadalupe ha sido libre de todos aquellos vicios y pasiones que como dejamos ya dicho la tiranizaban en otro tiempo, y México ha hecho progresos tan rápidos en la religión y en la virtud, que no es extrañareis oírme aquí repetir aquello del rey salmista: sus enfermedades fueron multiplicadas y después se aceleraron y corrieron en las sendas misteriosas de la fe y de la santidad. Por favor singular de María Santísima de Guadalupe podemos asegurar de México lo que ya tenía profetiza-

do Isaías: el pueblo que andaba en las tinieblas vio una luz grande. Ya puede el Señor asegurar de México lo que antes había dicho por el profeta rey: el pueblo a quien yo antes no había conocido, me sirve y me obedece con prontitud y con sinceridad. Tantos y tan singulares beneficios como este pueblo debe a las piedades de María Santísima me parece que le dan justo título, para que esta Señora le llame pueblo suyo, y para que él se llame de el nombre de su patrona amable el pueblo Mariano, así como el pueblo redimido por Cristo, de este nombre se llamó cristiano. Ved pues señores si con razón os dije al principio que Jerusalén y México tienen igual motivo para alegrarse por que cuanto Jerusalén debió a las bondades del Señor, debe México (guardando la debida proporción) debe México a las piedades de María. Repitamos por tanto a México lo que Isaías decía a Jerusalén: *Gaudete et laudate simul deserta Jerusalem, quia consolatus est Dominus populum suum, et redimit Jerusalem.* México que antes te habías visto afligida y abandonada gózate, salta de regocijo, porque María Santísima tu Señora te ha consolado, te ha redimido de los males inmensos que te afligían y te ha colmado de toda suerte de prosperidades. Entona a esta tu amabilísima libertadora, corredentora y Madre los cánticos de tu más cordial y sincero agradecimiento, y sean ellos como unas pruebas o ensayos de los que después irás a cantarla eternamente en las mansiones felices de la gloria.

[Nota en primera foja]

El exordio exBelarmino. Supr. v. 147

Non fecit. Predicado en Tepozn en 1 de febrero del año 818, en la función de N.S. de Guadalupe.

Non fecit taliter omni nationi: 147

No tuvo favor semejante a las demás naciones

No fue, Señores dice el Filósofo, un enemigo victorioso, el que con espada en mano, aprisionó la libertad del hombre; fue sí un amigo liberal con el beneficio: *qui in venis beneficius, invenit compedes:* el que

halló beneficios, halló prisiones: encontró grillos, el que encontró gracias, y favores, y es tanta la fuerza con que estrecha que no sería digno de tener corazón, el que no se rindiese a un afecto, que tiene lugar aun en el pecho de las fieras, para la gratitud. ¿Pues quién habrá que no se incline a amar a la Madre de Dios, que haciéndola estas prendas sumamente buena en sí misma, la hacen también digna de su amor? ¿Quién habrá que repugne esta inclinación por los favores que nos dispensa, y que la constituyen igualmente buena para nosotros?

Estos favores de la Virgen, respecto todo de el género humano, se encierran en aquellas substanciales palabras, que son el compendio perfectísimo de sus grandezas: *De qua natus est Jesus*: de la cual nació Jesús. Pariéndonos a Jesús, ¿qué tesoro ha quedado en los infinitos erarios de la divinidad, que no se hayan hecho nuestros? Con él nos dio todas las cosas, dice al Apóstol: *omnia cum illo nobis donavit*. Sin Cristo, sería el mundo un tenebrosísimo caos de desdichas, envuelto en la culpa; y el que esto comprende podrá rastrear todo el valor de los bienes, que nos dio esta Soberana, y amorosa Aurora.

Mas contrayéndonos a la Iglesia de Jesucristo de la que es singular protectora María, y descendiendo más en cada una de sus partes que la componen, hallaremos que si en las otras regiones del mundo católico ha hecho favores particulares, a ninguna los ha dispensado con tantas ventajas, como a nuestra afortunada América; si ha dado esclarecidos testimonios de su amor a los pueblos del universo: al pueblo de Nueva España lo ha llenado de dones y dádivas aventajadísimas de su amor.

Quien había de decir Señores que cuando los moradores de este continente vivían envueltos en las tinieblas de la idolatría: cuando caminaban en las densas tinieblas del gentilismo: cuando parece que estaban más distantes del descubrimiento de las cosas divinas, había de aparecer su dicha, que iluminando sus días, abriría las puertas de la luz celestial, que como aurora resplandeciente, anunciaba también al Sol Divino para su inmortal gloria. Por altos juicios de Dios, estuvo oprimido, este Nuevo Mundo, bajo el yugo tiránico del Príncipe de las tinieblas, en cuyo poder gimió miserablemente muchos siglos antes: pero apenas es libertado en el principio de su conquista, cuando, he aquí, que disipadas las horribles noches del gentilismo: apenas empieza a andar en la fe, cuando ya se hace acreedor, de que por una admirable y singular benevolencia baje María

desde su trono celestial a santificar con sus sagradas plantas nuestro afortunado suelo: baja, si, como luz indeficiente, para desterrar perpetuamente las tinieblas del pecado que le oprime.

Si en la plenitud de los tiempos apareció esta Alba bienhechora, trayendo al sol increado, que antes sólo alumbraba el hemisferio angélico, para alumbrar también visiblemente al hemisferio humano, parece que se olvida de esta nación para hacerla participante de las divinas luces: parece que sólo para las otras naciones, mitiga sus luces, para hacerse más comunicable, abreviar su grandeza, e inclinar su Majestad y misericordia, mostrándose tan amoroso que no se dedigna [*sic*] de buscarlos y seguirlos hasta los confines, y remotas chozas: con todo no hay que envidiarlas: porque si así se portó Dios en aquel tiempo para favorecerlas, bien puedes decir ¡Oh América dichosa! que para ti hizo la Virgen, que naciese en los cielos una luz indeficiente, para iluminarte en la tierra, según la expresión del Eclesiastés: *ego feci, ut orientur in celis lumen indeficiens*: para ti fue profetizada mucho tiempo antes por Isaías, aquella luz grande que había de aparecer en medio del pueblo que andaba en tinieblas: *populus, qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam*.

Entre las naciones del mundo sólo Israel fue la más celebrada en el antiguo testamento, porque de ella sola se predica por el real profeta lleno de admiración el *non fecit taliter...*: no hizo tales prodigios con las demás naciones. Sin embargo, no tuvo la misma gloria y felicidad, que nuestra América. Aquella nación hebrea apoderada plenamente de la tierra prometida, vivía en suma paz y bañada de alegría: en verdad que volviendo atrás su memoria, redoblaba su gozo, comparando su estado feliz con la durísima servidumbre, que experimentó en Egipto: recordaba el antiguo viaje de 40 años por el desierto, señalado de más prodigios, que de pisadas: las noches luminosas para guía de sus pasos: los mares abiertos para su tránsito: las peñas brotando aguas para su refrigerio: los rocíos endurecidos para su alimento: los ejércitos derrotados, las ciudades derribadas, los reyes tributarios, y finalmente las naciones hechas sus esclavas. Pero ¡Oh y que infelicidad! Que lejos de permanecer fiel, olvida, aun en medio de los milagros con que la favorece el cielo, olvida digo, las dádivas, que por medio de Moisés, y sucesores les comede [*sic*]: obscurece su gloria, prevarica, y olvida todos los favores: murmura y cae en la vergonzosa idolatría, y substituye [con] un becerro, y estatuas a quien da adoraciones en lugar de el Dios verdadero.

No así la nación americana, que envuelta antes en las tinieblas del gentilismo: que no logra un caudillo, como Israel que la guíe: que aún no experimenta una benéfica madre y que aun parece que el mismo Dios se olvida de su piedad para con ella: pero apenas comienza andar en la luz de la fe, apenas baja de su Solio la Reina de los Angeles, y habla al venturoso Juan Diego, cuando se ve transformada en brevísimo tiempo esta bastísima [*sic*] región en verdadero y firme adorador del Dios de cielos y tierra. Quién creyera Señores que una nación tan bárbara, nutrida en la ferocidad, y perversos principios de costumbres, había de progresar con tanta celeridad, y que había de mantener la luz del evangelio hasta nuestros tiempos con la pureza, que no logró la nación Hebrea hasta su fin.

Aquí podemos aplicar a nuestra nación aquel júbilo de Isabel en la santificación de Juan con la presencia de María: *exultavit in gaudio infans in utero meo*. Saltó llena de gozo la América con la presencia de María y es santificada en la persona del dichosísimo Juan Diego. Se deja ver en el Tepeyac, como a otro Juan en la Isla de Patmos, llena de gloria, vestida del sol, calzada de la luna y coronada de estrellas, que despidiendo rayos de luces misteriosas las difunde en las mentes, y reduce a la sociedad de la verdadera religión, cuyas luces, según San Bernardo, son la gracia, que como leche dimana de sus virginales pechos, para alimentarnos en la fe.

No se contenta el maternal amor de María con dejarse ver en aquel sitio, donde imperó tanto tiempo la madre de los dioses del gentilismo: quiere, pues más, dejar un testimonio irrepagable [*sic*] de su tierno amor en su imagen Guadalupana estampada en la humilde tilma de Juan Diego, deja así en esta milagrosa pintura como sacramentado, un escudo firmísimo contra los dardos del paganismo, y herejía. ¡Qué gloria tan grande! ¡Qué predilección tan singular! *Non fecit taliter...*

Transportémonos señores un breve rato, por esas inmensas regiones del universo y veremos que si en el establecimiento de la Iglesia fueron los primeros que vieron aquella luz misteriosa del evangelio: no les bastó la predicación milagrosa de los apóstoles, ni los escritos enérgicos llenos de unción del cielo, y del espíritu de Dios, ni el ejemplo de tantos héroes que sellaron con su sangre la fe de Jesucristo para que no se hubiesen contaminado con el veneno de la herejía, y si algunas regiones no se perdieron enteramente; pero perdieron mucho del primer fervor del cristianismo.

Ved a la Italia en su célebre ciudad de Roma, aquella capital que siempre fue la admiración del mundo, y después cabeza del orbe cristiano, que desde el principio comenzó a opacar la antorcha de la fe, con las encantadas ilusiones de Simón Mago: Valentino heresiarca que desde Egipto declaró guerra a la Iglesia Católica, penetró el veneno de sus errores, hasta aquella capital, que hizo prevaricar a sus habitantes. Y finalmente en los tiempos posteriores causaron mayores estragos las doctrinas corrompidas de Marción, de Jobiniano, y en los Maniqueos.

La Francia, que desde los principios abrazó con tanto celo el evangelio de Jesucristo, que practicó con tanto rigor la disciplina de la Iglesia, cayó desgraciadamente en los errores del Maniqueísmo y abrazó los perversos dogmas de Helvidio, de Pelagio y Molinos, cuyos males encadenados han llegado hasta estos tiempos en que la miserable Francia se ha visto inundada de tantas sectas, que se ha puesto en términos de su total ruina. Bien lo sabéis amados compatriotas.

La Inglaterra tan feliz en la cuna de la Iglesia, que dio tantos mártires, tantos confesores y vírgenes, por cuyo blasón, los padres más célebres de la Iglesia la apellidaron con el epíteto glorioso de Jardín Florido de los Santos, vio en su seno levantarse, a un Wiclef, a un Bucero y otros heresiarcas, que casi extinguieron la luz de la fe. Y por último, en el siglo 16 pone Enrico 8 [*sic*] el último sello de su total ruina, negando la obediencia al Romano Pontífice, para entregarse con más amplitud a sus brutales liviandades.

Nuestra antigua España, en donde plantó con tanta felicidad el apóstol Santiago el evangelio santo, y que, aún viviendo la Madre de Dios en la tierra, la visitó en el Ebro, cuyo testimonio se conserva en Zaragoza, aunque ha sido la más constante y firme en el catolicismo, que hasta el día blasona con este nobilísimo epíteto, no se ha libertado en distintos tiempos del contagio de los prisilianistas, de Helvidio, de los Quietistas y Molinistas.

Lejos de nosotros tantas desdichas: pues la suerte de este nuevo mundo ha sido tanto más feliz cuanto ha conservado más pura la fe. Volved aquí la vista y fijad vuestra consideración sobre lo que pasa en los secretos de vuestro corazón, y veréis confirmadas las verdades que comparativamente os refiero, como un testimonio incontrastable de vuestra felicidad. Porque sino decidme ¿desde que nuestra Virgen Guadalupana se dejó ver en nuestro suelo, y desde que dejó estampada su portentosa imagen en nuestra tierra, antes tan mise-

rable, no es cierto, que no sólo quedó purificada de los bárbaros errores del gentilismo, sino que los abominó enteramente conservando el esplendor de la fe católica con la pureza, que no lograron las otras naciones?

Sí Señores, díganlo si no tantos cultos religiosos, que de padres a hijos, han llegado con tanto fervor hasta nosotros, que como una herencia bien firme en casi tres siglos, que sin desmentirlos, practican en las iglesias, y casas, en las ciudades y villas, en los pueblos y aldeas, particularmente los abatidos y miserables indios, por más que la malignidad los desprecie y su trazo exterior los desfigure, pues que sólo Dios que registra los corazones califica el exterior por lo que pasa en el interior de los humildes: díganlo finalmente todos los habitantes de este reino, hablen todos los moradores católicos que existen desde las fértiles campiñas del valle mexicano, hasta los arenales de las californias, y desde las costas del sud [*sic*], hasta las del norte. ¿Qué otra cosa publican cada uno en su esfera, sino el bien sentado catolicismo? Y estos progresos, y conservación: ¿quién podrá dudar que todo esto se le debe a nuestra vigilantísima madre María de Guadalupe? Si a ella debemos esta dicha, que como reina de los apóstoles, mejor y con más ventajas, nos trajo la luz del evangelio.

Un año corría de su portentosa aparición, y ya se contaban más de un millón de Indios reengendrados [*sic*] en las aguas del sagrado bautismo [*sic*]. Prodigio que testificó el ilustrísimo y venerable señor Zumárraga en las cartas remitidas a Tolosa, que llenó de admiración a las naciones extranjeras. Torquemada, en su *Monarquía Indiana*, y el célebre escritor Gómara en su historia de Indias, afirman, que en menos de nueve años después de la aparición, entre los religiosos apostólicos de san Francisco, de santo Domingo, y san Agustín, contaban más de doce millones de indios bautisados por sus manos. Confirma, pues, esta verdad, el Ilustrísimo Señor Garcés, primer obispo de Tlaxcala, en las cartas en que informa a la Santidad de Paulo 3 [*sic*] contra la malignidad de algunos, que entonces pretendían, ciegos de la codicia, no ser capaces los indios de los santos sacramentos, probando hasta la evidencia, su capacidad, y que eran tan dóciles y deseosos de abrazar la fe de Jesucristo que los compara en esto, a los ciervos sedientos, que corren a buscar su refrigerio en las aguas del sagrado bautismo.

¿Qué pruebas más relevantes queréis de vuestra predilección? ¿Ha hecho otro tanto con las demás naciones? *Non fecit...* No Señores

bien estáis conociendo cuánto le debemos hasta el día. Pero ya lo dejo todo a vuestra piadosa consideración, por lo que os está dictando con estas reflexiones vuestro corazón. Yo no quisiera Señores interrumpir la alegoría [*sic*] de vuestras dichas, que a manos llenas os trajo para siempre nuestra amantísima Madre de Guadalupe. Pero si hasta aquí habéis oído hablar de las felicidades y singulares favores que por un especial privilegio os condecora su maternal amor, para la conservación de la fe, de la religión, y culto del verdadero Dios; mirad, que no os suceda lo que a las demás naciones y al pueblo escogido de Israel, que por mezclar con el culto divino las profanidades del siglo volvieron a caer en sus antiguas tinieblas, y olvidaron las doctrinas del cielo. Si habéis aventajado hasta aquí a los pueblos de otras regiones no caigáis en sus desventuras, mezclando los juegos gentílicos [*sic*] del carnaval con lo más sagrado del culto, que debéis tributar a la Madre de Dios que tanto os ha distinguido en este suelo: si habéis tenido la dicha de que sea vuestra conductora, no por medio de una columna de fuego como a Israel, sino por la misma autora de la luz en su portentosa imagen de Guadalupe: si os trajo un maná del cielo, no es como el que alimentó a los hebreos en el desierto, y murieron, sino el verdadero maná Jesucristo que da vida eterna: si os conduce a la Jerusalén, no terrena, sino celestial, ved, que no os suceda, en medio de tantos prodigios y milagros lo que a los hebreos al concluir su peregrinación, que engañados con las Madianitas [*sic*] de vuestros apetitos y pasiones depravadas, se os corten los pasos, y no entréis en la tierra de los vivientes. Ved finalmente que para conservar las bendiciones, y promesas hechas en nuestro favor a Juan Diego, es necesario que nuestros cultos sean puros a los ojos de Dios y de su Madre Santísima que según el Angélico Doctor la verdadera devoción cristiana es hacer la voluntad del hijo, y de la Madre y evitar todo pecado. Qué tiempo más propio para santificar nuestras almas, que el que se nos presenta de la cuaresma. Ya tenéis a la vista el tiempo santo para la penitencia: hoy mismo tenéis de nuevo la Santa Bula tan copiosa de indulgencias, que la benignidad de Dios, y la generosidad de su Vicario el Romano Pontífice os concede para vuestra verdadera felicidad, en las comuniones para vivos tenéis los tesoros inagotables a vuestro favor, y beneficio, y en las de difuntos para socorrer a las almas que os pertenezcan por cualquier título, y del mayor agrado de María Santísima. Pidamos convirtiéndonos a la que hoy tributáis estos cultos que mire con ojos benignos

defendiendo a la Iglesia católica de sus enemigos, a su cabeza que actualmente la gobierna el señor Pío 7 [*sic*], a los príncipes eclesiásticos y a nuestro católico monarca Fernando 7 [*sic*] y a todos los príncipes cristianos, y muy particularmente por la pacificación entera de nuestra América, que si por dicha le ha tocado ser en la Iglesia de Dios la porción más favorecida por su Madre en la advocación de Guadalupe, lleguemos todos, para confirmar perfectísimamente nuestra predilección en la celestial Jerusalén. Amén.

